





LA ESCULTURA ROTA

No era mala, segura-mente la se-ñora Plá-ida, pero que tenía un devoré y

sus manías, que gustaba recordar su pasado ru-ral esplendoroso, a viento lleno...

La señora Pláida gustaba de diversiones. El sonido de una guitarra la hacía vibrar, como chispeaban sus párpados pequeños y oscuros en unos párpados entrecerrados y violáceos, como la es-quina su ágilmente cuerpo y danzaba su sonrisa floja de senil picardía.

Creaba dos cosas, una era mujer que su pri-mera gastó. Tuvo de su primer esposo tres hijos que, en la amigos de fandangos y en falsamente luto, se conocía que habían heren-ado la sangre de su mamá.

Cuando la señora Pláida salía de paseo, se presentaba como hermana de sus hijas...

Un día un señor le anunció que estaba dis-puesto a casarse con ella y la señora Pláida, que no deseaba otro caso, aceptó con toda su alma. Pero las hijas eran bonitas y su esposo las miraba tal vez demasiado. La señora no po-de resistir, y después de una terrible escena de celos vino la separación.

Además, el marido creyó, equivocadamente, que sería el jefe de la familia. No quería a la terrible señora Pláida, que jamás había separa-do impudencias. Imponiendo ella, si sus mu-chas malas ideas.

Se separó sin dolor, sencilla, y se dedicó a gozar alegremente el pa-trimonio dejado por su primer esposo.

Tenía hijas de sus segun-das nupcias alegres e hogar con sus quimeras infantiles. La señora Plá-ida se dedicó a vivir para ella, para su Dolores.

Sus hijas grandes se habían casado, no tenía por sí sola compañía de en-fermo íntimo.

Verdad que los yernos vivían con ella; pero en ningún caso sus hijas pu-der seguir su antigua vi-da de imposiciones ma-ternales.

Muchas personas eran los yernos, arruinados a la señora Pláida, y se marcharon a tiempo.

Además, sus hijas, solo-

zas del cariño que ella profesaba a la mujer, aumentaban rudemente a ella, insultándola y aun castigándola.

La casa se convirtió en un infierno; hubo ne-cesidad de disolver ese hogar donde el desorden introdujo la desgracia.

La señora Pláida, de gran carácter, se puso a trabajar para su hijo, sabiendo que ya, agra-do, se despreciaría con un hombre de fortuna que devolvería la pasada prosperidad.

Creó la vida y se dedicó como en ella enor-mes disposiciones artísticas, la música, el canto, la poesía, la escultura...

La mamá, encantada, presentaba a su hijo en las reuniones a que ella asistía como a un pája-ro azul.

Varias veces ellos se dejaron en la mano, pe-ro ella, independiente como el aire, los rechazó. La misma muerte cambió varias moxas de una huaca y sus hijos que en un momento.

Para la vida era odiosa la sociedad que fre-quentaba.

La vida, el joven escultor campesino, de cohecho impudencia y de burla prodigioso, fué rechazado en el salón de aquel año. Las obras se exhibieron en una vitrina. Dolores las vio ex-puestas y la esculturas.

Su- po que el escultor era más pobre que un cura de aldea y resolvió ser su amigo.

Muy calla, Acuña, lu- zó interesante. Estaba en-fermo y no tenía hogar, luego era invierno, sus manos no se vendían, la desgracia lo hundía en el desahucio y en la enfer-medad.

—Véngase a mi casa, Acuña, le dijo Dolores, yo le cuidaré. Ud. está en-fermo, necesita solista- des de su mujer.

Se negó, pero como real-mente se sentía mal, acep-tó por su ayuda.

Aquel lugar era muy pobre.

Dolores retiró las escul-turas, se puso hechizada la delicadeza de Acuña que la dedicó su grupo Helios, de prodigiosa fac-tura y originalísima ins-piración.

Horas enteras se pasa-ban mirando la escultura muerta y cuando sus pa-pilas se encontraban, las



La escultura rota. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1919

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La escultura rota. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile